comuniqué que poseia un esponton de 20 pulgadas de largo, con auxilio del cual podria romper el entarimado de su calabozo, para salir de él; que luego taladraria la pared que nos separaba en el piso superior, que ya allí, horadaria el techo de mi calabozo, y que esto realizado, me ayudaria á salir por el agujero. Cuando estemos en esto, añadí, habrá finalizado vuestra tarea y empezará la mia, y os juro que os pondré en libertad así como al conde Asquino. Me contestó que cuando me hubiese sacado del calabozo, dado que le fuera posible vencer tantas dificultades, no dejariamos por esto de estar en la cárcel y que nuestra situacion no diferiria de la presente, mas que por el mayor espacio; pues nos encontrariamos buenamente en los desvanes, cerrados por tres puertas. — Ya lo sé, revendo padre, le respondí, pero no nos fugaremos por las puertas. Mi plan está trazado y estoy seguro del éxito; tan solo os pido exactitud en la ejecucion, y abstinencia de objeciones. Pensad simplemente en el modo mas regular de que yo pueda mandaros el instrumento de nuestra libertad, sin que el portador pueda concebir sospecha alguna. En tanto, haced que el carcelero os compre unas cuarenta imágenes de santos, bastante grandes para tapizar las paredes de vuestro calabozo. Estas imágenes religiosas no inspirarán sospecha alguna á Lorenzo, y os servirán para cubrir la abertura que practiqueis. Necesitareis algunos dias para hacerla, y Lorenzo no podrá ver por la mañana la abertura que hagais la víspera, pues la volvereis á cubrir con las estampas. Si yo no lo hago, es porque soy sospechoso á nuestro guardian. »

« Aunque le recomendaba pensase en el medio mas propio para mandarle mi esponton, me ocupaba en encontrarlo yo mismo, y tuve una idea feliz que me apresuré á aprovechar. Encargué á Lorenzo que me comprase una biblia in-folio que acababa de publicarse. Esperaba

poder colocar mi esponton en el pergamino de este gran volúmen y mandársela así al monje. Pero cuando la tuve, ví que el esponton traspasaba 2 pulgadas de longitud del libro. Mi corresponsal me habia escrito que su calabozo estaba ya tapizado de imágenes y le habia comunicado mi idea sobre la Biblia y la dificultad que su defecto de longitud me presentaba. Sin embargo, tomé la firme resolucion de mandar mi cerrojo bajo la proteccion de la Biblia, y hé aquí cómo lo hice. Dije á Lorenzo que queria celebrar el dia de san Miguel con un plato de macarrones; pero que como prueba de agradecimiento hácia la persona que tenia la bondad de prestarme sus libros, queria mandarle un gran plato y prepararlo yo mismo. Lorenzo me dijo que aquel caballero deseaba leer el gran libro que yo habia comprado. Era un negocio concluido. — Muy bien, le dije, se le mandaré con los macarrones; traedme la fuente mas grande que tengais en la casa, porque quiero hacer las cosas en regla. » Lié el esponton en un papel, y le coloqué en el forro de la Biblia, teniendo cuidado de que saliese tanto por un lado como por otro. Poniendo sobre la Biblia la gran fuente llena de macarrones, estaba seguro de que Lorenzo no podria mirar á las extremidades, pues su vista se fijaria en los bordes del plato para evitar que la grasa cayese sobre el libro. Advertí de todo al padre Balbi, recomendándole fuese hábil para recibir el plato, y sobre todo tomar los dos objetos á un tiempo y no uno despues de otro.

» El dia señalado, Lorenzo vino mas temprano que de costumbre, con una caldera llena de macarrones hirviendo y todos los ingredientes necesarios para sazonarlos. Derretí una buena cantidad de manteca, y despues de haber colocado los macarrones en la fuente, eché por encima la manteca hasta que tocó los bordes. La fuente era enorme y mucho mas grande que el libro, sobre el

que la coloqué desde luego. Todo esto pasaba á la puerta de mi calabozo y Lorenzo estaba fuera. Cuando todo estuvo preparado, levanté con cuidado la biblia y la fuente, coloqué el lomo del volúmen del lado del portador, y dije á Lorenzo que extendiese los brazos y abriese los manos, que tuviese cuidado de no derramar la grasa sobre el libro, y de llevarlo pronto á su destino. Al entregarle tan importante carga, tenia mi vista fija en la suya, y ví con placer que no separaba los ojos de la salsa, que temia derramar. Me dijo que seria mejor llevar primero la fuente y volver por el libro; pero le contesté que el presente perderia de su valor y que todo debia ir junto. Se quejaba de que habia echado mucha manteca, y me advirtió con tono de chanza, que si la derramaba no seria responsable de los daños y perjuicios.

» Una vez que ví la biblia en las manos de aquel necio, me creí seguro del éxito, porque las extremidades del esponton no se descubrian, á menos que hiciera un movimiento de lado. Lo seguí con la vista hasta que lo ví entrar en el corredor que conducia al calabozo del monje, que se sonó por tres veces consecutivas, dándome así la señal convenida de que todo habia llegado á buen puerto, y Lorenzo vino á confirmármelo un instante despues.

» El padre Balbi no tardó en poner manos á la obra, y en ocho dias logró hacer una abertura suficiente, que cubria con una imágen pegada con miga de pan. El 8 de octubre me escribió que habia pasado toda la noche trabajando. El 16, á las diez de la mañana, cuando estaba traduciendo una oda de Horacio, oí de repente tres golpecitos encima de mi cabeza. Era la señal concertada para asegurarnos de que no nos habiamos engañado. Trabajó hasta la tarde, y me escribió al dia siguiente que si el techo no tenia mas que dos hileras de tablas,

Se quejaba de que habia echado mucha manteca.

concluiria su trabajo el mismo dia. Me aseguró que tendria presente el hacer un agujero circular, como se lo habia recomendado, y que no atravesaria completamente el suelo. Esto era del todo necesario, porque la apariencia de la menor fractura nos hubiera denunciado. « La excavacion será tal, añadia, que solo se necesitará un cuarto de hora de trabajo para terminarla.

» Habia fijado el dia siguiente, para salir de mi calabozo durante la noche y no volver á entrar en él, porque con un compañero, me sentia capaz de hacer en tres ó cuatro horas un agujero en el techo principal del palacio ducal, pasar por él para llegar á los terrados, y emplear entonces todos los medios que la casualidad me deparase para bajar á los malecones. Sin embargo no me hallaba aun en este caso, pues mi mala fortuna me reservaba todavía mas de una dificultad que vencer. El mismo dia, (era un lúnes), á las dos de la tarde, en tanto que trabajaba el padre Balbi, oí abrirse la puerta de la sala contígua á mi calabozo. Sentí helárseme la sangre en las venas; pero pronto recobré la serenidad, y me apresuré á dar dos golpes en el techo, que era la señal de alarma convenida, y á la cual el padre Balbi debia entrar inmediatamente en su calabozo y ponerlo todo en órden. Un minuto despues, Lorenzo abrió mi calabozo y me pidió perdon de traerme á su pesar, una compañía bastante incómoda. Era un hombre de cuarenta á cincuenta años, pequeño, delgado, feo y mal vestido. No podia dudar que fuese un canalla, pues que Lorenzo me lo anunciaba como tal en su presencia, sin que estas palabras le produjesen la menor impresion. « El tribunal, contesté, es árbitro de hacer lo que guste. »

» Desesperado con tan fatal contratiempo, observé á aquel bribon á quien denunciaba su fisonomía vulgar y siniestra, y pensé en hacerlo hablar, cuando él mismo

me salió al encuentro, dándome las gracias por haber aceptado sin repugnancia su compañía. Queriendo atraérmelo, le dije que comeria conmigo; entonces me besó la mano, preguntándome si á pesar de esto, podria cobrar los diez sueldos que le pasaba el tribunal. Le dije que sí, y arrojándose á mis plantas y sacando de su bolsillo un enorme rosario, paseó su mirada por todos los ámbitos del calabozo. « — ¿Qué buscais? le dije. — Me perdonareis, pero busco alguna imágen de la santísima Vírgen, porque soy cristiano. » Trabajo me costó no reirme, y no á causa de su devocion, pues la conciencia y la fé son sentimientos que á nadie le es dado contestar, sino por la forma que para ello empleaba. Creí que me tomaba por un judío, y para desengañarlo, me apresuré á darle un devocionario de la Santísima Vírgen, cuya imágen besó, y al devolvérmelo, me dijo con modestia que su padre, cómitre de galeras, no se habia cuidado de enseñarlo á leer. — « Soy, añadió, devoto del rosario. » Y comenzó el relato de una infinidad de milagros que justificaban su devocion, y que escuché con paciencia angelical. Tan luego terminó, le pregunté si habia comido y me dijo que se moria de hambre. Le dí todo cuanto tenia; y el infeliz se echó sobre ello y lo devoró con ansia; se bebió todo el vino y como la cantidad era mas que regular, se achispó bien pronto y empezó á llorar y á hablar á tontas y á locas. Habiéndole preguntado la causa de su desgracia, me contestó : — « Mi única pasion ha sido siempre la gloria de Dios y de la santa república, y la perfecta obediencia á sus leyes. Siempre atento á las prevaricaciones de los malvados, les he seguido constantemente la pista, y siempre he dicho fielmente á Messer Grande todo cuanto he podido descubrir. Es verdad que me han pagado bien. Me he burlado de los que marcan con un sello de infamia á los que ejercen el oficio de espía. Un espía es el

amigo del bien del Estado y el fiel súbdito del príncipe. Cuando se ha tratado de poner mi celo á prueba, el sentimiento de la amistad, que puede ejercer alguna presion sobre los otros, nunca la ha ejercido sobre mí. »

« El miserable continuó presentándome sencillamente el tipo mas inmundo de espía que imaginarse puede. Habiendo descubierto y revelado un complot político, tuvo la debilidad, increible en él, de hacer á un su compadre, que era del complot, una advertencia oportuna. El compadre y los que estaban comprometidos con él, habian huido; y el espion, considerado como responsable, habia sido enviado á los Plomos. Concluyó diciéndome que esperaba salir pronto. — « Me llamo Soradaci, añadió, y mi mujer es una Legrenzi, hija de un secretario del Consejo de los Diez.

» Me estremecí viendo el mónstruo que tenia por compañero, pero comprendiendo que mi posicion era delicada y que debia tratarlo bien, me hice sensible á sus penas, lo compadecí, y haciendo grandes elogios de su patriotismo, le predije la libertad para dentro de pocos dias. Algunos instantes despues se durmió, y aproveché su sueño para contárselo todo al padre Balbi, haciéndole notar que era preciso suspender nuestro trabajo hasta una ocasion mas favorable. Al dia siguiente encargué á Lorenzo que me comprase un crucifijo de madera, una estampa de la Vírgen, el retrato de san Francisco y dos botellas de agua bendita. Soradaci le pidió los diez sueldos, y Lorenzo le dió veinte con aire despreciativo. Le ordené me comprase mayor cantidad de vino, ajos y sal, manjar que causaba las delicias de mi odioso compañero. Despues que salió el carcelero, saqué hábilmente del libro la carta que me escribia Balbi, en la que me pintaba su terror. Creia que todo estaba perdido, y repetia mil veces que habiamos tenido mucha fortuna en que Lorenzo hubiese puesto á Soradaci en

mi calabozo. — « Porque, decia, si hubiera venido al nuestro, no me habria encontrado, y los pozos hubiesen sido la recompensa de nuestra tentativa. »

» El relato de Soradaci me hacia suponer que sufriria un interrogatorio, y me resolví á confiarle dos cartas, que remitidas á su direccion, no podian causarme mal ni bien, pero que debian serme favorables si, como no lo dudaba, el traidor las enviaba al secretario, para darle una prueba de su fidelidad. »

Casanova confió sus cartas á Soradaci, haciéndole prometer con los mas terribles juramentos que las llevaria á su destino cuando estuviese libre. Algunos dias despues Soradaci fué llamado ante el secretario del tribunal, y vuelto á los Plomos. Desolado por saber, segun comprendió, que este miserable permaneceria aun con él algun tiempo, Casanova escribió al padre Balbi para informarle de este contratiempo, y al dia siguiente, queriendo asegurarse de que no eran erróneas sus sospechas, pidió á Soradaci que le diese una de sus cartas para hacer una modificacion.

« Entonces aquel mónstruo se echó á mis piés y me juró que á su segunda aparicion ante el terrible secretario, le cogió un temblor tal que el secretario le preguntó el motivo, y no tuvo valor para ocultarle la verdad. Fingí encontrarme mal al oir esto, y cubriéndome el rostro con las manos, me arrodillé ante la imágen de la Vírgen y la pedí con acento solemne me vengara del infame que me habia vendido. Despues me acosté en la cama, con el rostro vuelto hácia la pared, y tuve la constancia de permanecer en esta posicion todo el dia, sin hacer el menor movimiento ni articular palabra, fingiendo no escuchar los sollozos y protestas de arrepentimiento de aquel infame. Desempeñaba admirablemente mi papel para una comedia cuyo argumento tenia pensado. Durante la noche escribí al padre Balbi que viniese á la

hora décima nona exacta [1], ni un minuto mas ni menos, para terminar su trabajo y no trabajar mas de cuatro horas. « Nuestra libertad, le dije, depende de esta rigorosa exactitud, y nada teneis que temer. »

» Estábamos á 25 de octubre, y el tiempo en que debia ejecutar mi proyecto ó abandonarle definitivamente no estaba lejos. Los inquisidores de Estado y el secretario iban á pasar en algun pueblo de tierra firme los tres primeros dias de noviembre. Lorenzo, aprovechándose de la ausencia de sus superiores, no dejaba de embriagarse todas las noches, y durmiendo mas que de costumbre, venia tarde á los Plomos. Sabiendo esto, la prudencia exigia que eligiese esta época para evadirme, persuadido que mi fuga no se notaria sino por la mañana y bien tarde. Otra razon me determinó á fijar esta época para mi evasion, y es que habiendo consultado el destino, buscando en Ariosto, segun ciertas formas cabalísticas, una prediccion sobre este asunto, caí en el verso siguiente : *Frà il fin d'ottobre e il capo di novembre* (entre fines de octubre y primeros de noviembre). La precision del pasaje y la oportunidad, me parecieron tan admirables, que sin prestar entera fé al oráculo, el lector me dispensará si estaba dispuesto con toda mi alma á darle razon.

» Hé aquí cómo pasé la mañana, hasta las doce del dia, para asombrar el ánimo de aquel malvado, tan imbécil como traidor, para llenar de confusion su débil inteligencia, para asombrarlo, en fin, con imágenes pasmosas y dejarle impotente para estorbarme. Tan luego como Lorenzo nos dejó solos, dije á Soradaci que viniese á comer la sopa. El infame estaba acostado y habia dicho á Lorenzo que se encontraba mal. Si no le hubiera llamado, no se habria atrevido á acercárseme;

1. En Venecia, el 30 de octubre, la hora décima nona corresponde aproximadamente á las once y treinta minutos de la mañana.

se levantó, y echándose de bruces en el suelo, me besó los piés y me dijo llorando á lágrima viva, que á menos de que le perdonase, se creia hombre muerto, pues ya experimentaba el efecto de la maldicion de la Vírgen. Sentia retortijones que le desgarraban las entrañas y tenia la boca cubierta de úlceras. No me tomé la molestia de examinarlo para ver si me decia la verdad; mi interés era fingir que le creia y hacerle esperar gracia. Tenia que empezar por hacerle comer y beber. El traidor abrigaba tal vez la intencion de engañarme, pero, decidido como estaba yo á engañarle á él, se trataba de saber cuál de los dos seria mas hábil. Le habia preparado un ataque, contra el cual era difícil que se defendiese.

» Tomando, pues, el aspecto de un inspirado, le dije: — « Siéntate y come esa sopa, y luego te anunciaré tu fortuna, porque la Vírgen del Rosario se me ha aparecido, ordenándome que te perdone. No morirás y saldrás de aquí en union mia. » Pasmado y de rodillas, á falta de asiento, comia la sopa conmigo, escuchándome asombrado, y al cabo le hice sentarse en el colchon, y hé aquí el discurso que le dirigí poco mas ó menos: — « El dolor que me ha causado tu horrible traicion me ha hecho pasar la noche en vela, porque mis cartas deben hacerme condenar á pasar aquí el resto de mis dias. Mi único consuelo, lo confieso, era la seguridad de verte morir aquí antes de tres dias. Con la cabeza henchida de estos pensamientos indignos de un cristiano, porque Dios nos ordena el perdon, me quedé traspuesto, y durante tan feliz sueño, he tenido una verdadera vision. He visto á la Santísima Vírgen, á la Madre de Dios, cuya imágen ves allí, la he visto viva ante mí y hablándome de este modo: « Soradaci es devoto de mi santo Rosario, y yo lo protejo; quiero que le perdones, y entonces la maldicion que se ha atraido, cesará

de obrar. En recompensa de este acto generoso, ordenaré á uno de mis ángeles que tome forma humana, baje del cielo para horadar el techo de tu prision, y te saque de ella dentro de cinco ó seis dias. El ángel empezará su obra hoy á la hora décima nona en punto y trabajará hasta la hora vigésima tercera (las tres y media aproximadamente), porque debe volver al cielo en pleno dia. Saliendo de aquí acompañado de mi ángel, llevarás en union tuya á Soradaci y le cuidarás, á condicion de que abjure el oficio de espía. Se lo dirás todo. » — A estas palabras la Vírgen desapareció y yo me desperté. »

» Sin perder mi seriedad ni el acento de un inspirado, observaba la fisonomía del traidor, que parecia petrificado de estupor. Tomé mi libro de horas y rocié con agua bendita todo el calabozo. Una hora despues, aquel animal me preguntó á qué hora bajaria el ángel del cielo, y si oiríamos el ruido que haria para romper el techo de la prision. — « Estoy seguro de que vendrá á la hora décima nona, le oiremos trabajar y se irá á la hora que ha dicho la Vírgen. — Podeis haber soñado. — Tengo la seguridad de que no ha sido así, le contesté. ¿Te sientes capaz de jurarme que abandonarás el oficio de espía? » En vez de contestarme se durmió y no se despertó hasta dos horas despues, para preguntarme si podia diferir el juramento que le exigia. — « Podeis diferirlo, le contesté, hasta que el ángel entre aquí para libertarme; pero si entonces no renunciais con juramento al infame oficio, causa de que esteis en prision, y que acabará por conduciros al cadalso, os dejaré aquí. » Leí en su siniestra fisonomía la satisfaccion que experimentaba, pues se creia seguro de que el ángel no vendria. Así esperaba con impaciencia oir sonar la hora señalada, en la conviccion de que la llegada del ángel le causaria un vértigo que trastornaria su miserable razon.

En el instante que oí la primera campanada de la hora décima nona, me arrodillé, ordenándole con voz terrible que hiciera otro tanto, y él al oir esto me obedeció con terror. Cuando escuché el ligero rumor que producia el monje al acercarse : — « El ángel llega, » le dije, y echándome de bruces en el suelo, le asesté un vigoroso puñetazo para obligarle á tomar la misma posicion. El ruido que hacia el padre Balbi en el techo fué aumentando poco á poco, y yo tuve la paciencia de permanecer en tan cansada postura, riéndome interiormente de ver al bribon de Soradaci inmóvil y como estático, siguiendo mi ejemplo. Al cabo me puse de rodillas, permitiéndole que me imitase, y pasé tres horas y media haciéndole repetir el rosario. De cuando en cuando se sentaba sobre los talones abrumado de fatiga ; alguna que otra vez se atrevia á dirigir al techo una mirada furtiva, y el mas completo estupor se veia impreso en su rostro. Al oir dar la hora vigésima tercera, le dije con acento solemne y devoto : — « Prostérnate, el ángel va á partir. » Balbi bajó en efecto á su calabozo, y el ruido cesó del todo. Al levantarme observé en la fisonomía de aquel miserable la turbacion y el temor, y quedé encantado. Creyendo de mi deber imponerle la expiacion de sus faltas, le dije : — « Cuando Lorenzo venga mañana estarás acostado en tu colchon, vuelto el rostro á la pared y sin hacer el menor movimiento, ni fijar la vista en el carcelero. Si te habla, le responderás, sin mirarle, que no has podido dormir y que necesitas reposo. ¿Me lo prometes sin restriccion? — Os prometo hacer exactamente todo lo que me habeis dicho. — Juradlo ante esta santa imágen. » Así lo hizo y entonces exclamé : — « Y yo, Vírgen santa, os juro que si veo á Soradaci hacer el menor movimiento y mirar á Lorenzo, me arrojaré sobre él y lo estrangularé sin piedad. » Contaba tanto con el efecto de esta amenaza, como con su juramento. Le dí

de comer y le ordené luego que se acostase, y tan pronto como se quedó dormido, escribí durante dos horas. Conté á Balbi toda la historia, y le dije que si la obra estaba bastante adelantada, no tenia precision de venir sobre el techo de mi calabozo mas que para destruir el planchon de una vez. Le decia que debiamos salir la noche del 31 de octubre, y que seríamos cuatro, contando su camarada y el mio.

» Estábamos en el dia 28. Al siguiente, el monje me escribió que el agujero estaba hecho y que no tenia necesidad de venir mas que para romper la última tabla, lo que se haria en algunos minutos. Soradaci sostuvo su juramento, fingiendo dormir, y Lorenzo ni siquiera le dirigió la palabra. No lo perdí de vista un instante, y creo que lo hubiera ahogado entre mis brazos si hubiese hecho el menor movimiento de cabeza hácia Lorenzo, pues para venderme le habria bastado con una mirada. El resto del dia fué consagrado á discursos enfáticos, que pronuncié con toda la solemnidad que podia emplear, elevándome en alas de una exaltacion religiosa, que acabó por fanatizarle. En apoyo de mis discursos místicos, no me olvidaba de añadir los vapores del vino, y no le dejé hasta que le ví caerse de sueño y embriaguez. El imbécil me dejó un poco turbado por un instante diciéndome que no concebia cómo un ángel tenia necesidad de tanto trabajo para abrir nuestro calabozo. — « Las vias de Dios son incomprensibles, le dije, y ademas el enviado del cielo no trabaja en calidad de ángel, pues un soplo le bastaria entonces, sino que trabaja como hombre, cuya forma ha tomado, sin duda porque somos indignos de soportar su presencia en su celeste forma. »

» Al dia siguiente Lorenzo le preguntó cómo estaba de salud, y le respondió sin mover la cabeza, haciendo lo mismo que el dia anterior, hasta que al fin ví á Lo-

renzo por última vez el 31 de octubre por la mañana. Le dí el libro para Balbi con una carta donde le prevenia que viniese á la hora décima séptima (nueve y media de la mañana), para derribar la última tabla. No temia ningun contratiempo, por el pronto, habiendo sabido por Lorenzo que los inquisidores y el secretario habian partido ya para el campo. No podia temer la llegada de otro nuevo compañero y no me precisaba ya guardar consideraciones con el bribon de Soradaci.

» Tan luego como salió Lorenzo, dije á Soradaci que el ángel vendria á hacer una abertura en el techo de nuestro calabozo á la hora décima sétima. — « Traerá tijeras, continué, y nos cortareis con ellas las barbas al ángel y á mí. — ¿El ángel tiene barbas? — Sí, ya lo vereis. Despues de esta operacion saldremos; iremos á abrir el techo del palacio, y bajaremos á los muelles detrás de la plaza de San Márcos, desde donde partiremos para Alemania. » No contestó. Comió solo, pues yo tenia el espíritu demasiado ocupado para poder comer, así como tampoco habia podido dormir.

» Sonó la hora fijada. — « ¡Hé aquí el ángel! » exclamé. Soradaci queria prosternarse, pero le dije que no era necesario. En tres minutos cayó á mis piés el pedazo del techo, y el padre Balbi se deslizó en mis brazos. — « Vuestros trabajos han terminado y empiezan los mios, » le dije. Nos abrazamos y me entregó el esponton y un par de tijeras. Dije á Soradaci que nos arreglara la barba, pero no pude por menos de reirme viendo á este animal contemplar con la boca abierta al singular ángel que se nos habia aparecido, y que parecia mas bien un demonio; tal era su catadura. Aunque fuera de sí, nos cortó la barba perfectamente y nos ayudó en todo lo necesario.

» Impaciente de ver el local, dije al monje que se quedara con Soradaci, pues no queria dejarle solo, y

El padre Balbi se deslizó en mis brazos.

salí por la abertura. Llegado al piso del calabozo del conde, entré en él y abracé cordialmente al respetable anciano. Me encontré con un hombre de una estatura poco á propósito para arrostrar las dificultades de la evasion, exponiéndose á semejante fuga. Me preguntó cuál era mi proyecto y me dijo que creia haber obrado con un tanto de ligereza. — « No me es dado ya retroceder, le dije, marcharé adelante, hasta que encuentre la libertad ó la muerte. — Si pensais ir á horadar el techo y buscar un camino sobre los plomos, me dijo estrechándome la mano, tendreis que bajar desde allí, y no veo que podais lograrlo, á menos que tengais alas : yo, por mi parte, no me siento con valor para acompañaros. Me quedaré aquí y rogaré á Dios por vosotros. »

» Salí para visitar el techo principal del palacio, acercándome todo cuanto pude á los bordes laterales del desvan. Una vez que logré tocar por debajo del techo la parte mas reducida del ángulo, me senté en una de las vigas salientes, en que apoyan las de la techumbre, y tanteé una de las tablas que la formaban con mi cerrojo, teniendo la suerte de encontrarlas medio carcomidas. A cada golpe de esponton, todo lo que tocaba caia deshecho en polvo. Con la seguridad de hacer un agujero bastante ancho en menos de una hora, volví á mi calabozo y empleé cuatro horas en cortar sábanas, cobertores, y fundas de colchones y jergones para formar cuerdas. Tuve cuidado de hacer los nudos yo mismo y asegurarme de su solidez, porque un solo nudo mal hecho podia habernos costado la vida. Al fin me encontré con 100 brazas de cuerda. Hay en las grandes empresas pequeños detalles que deciden de todo, y que el jefe que debe alcanzar el éxito no confia á nadie. Cuando se terminó la cuerda, hice un paquete con mi vestido, mi capotillo de seda, algunas camisas, medias y pañuelos, y pasamos los tres al calabozo del conde. El aire de asom-